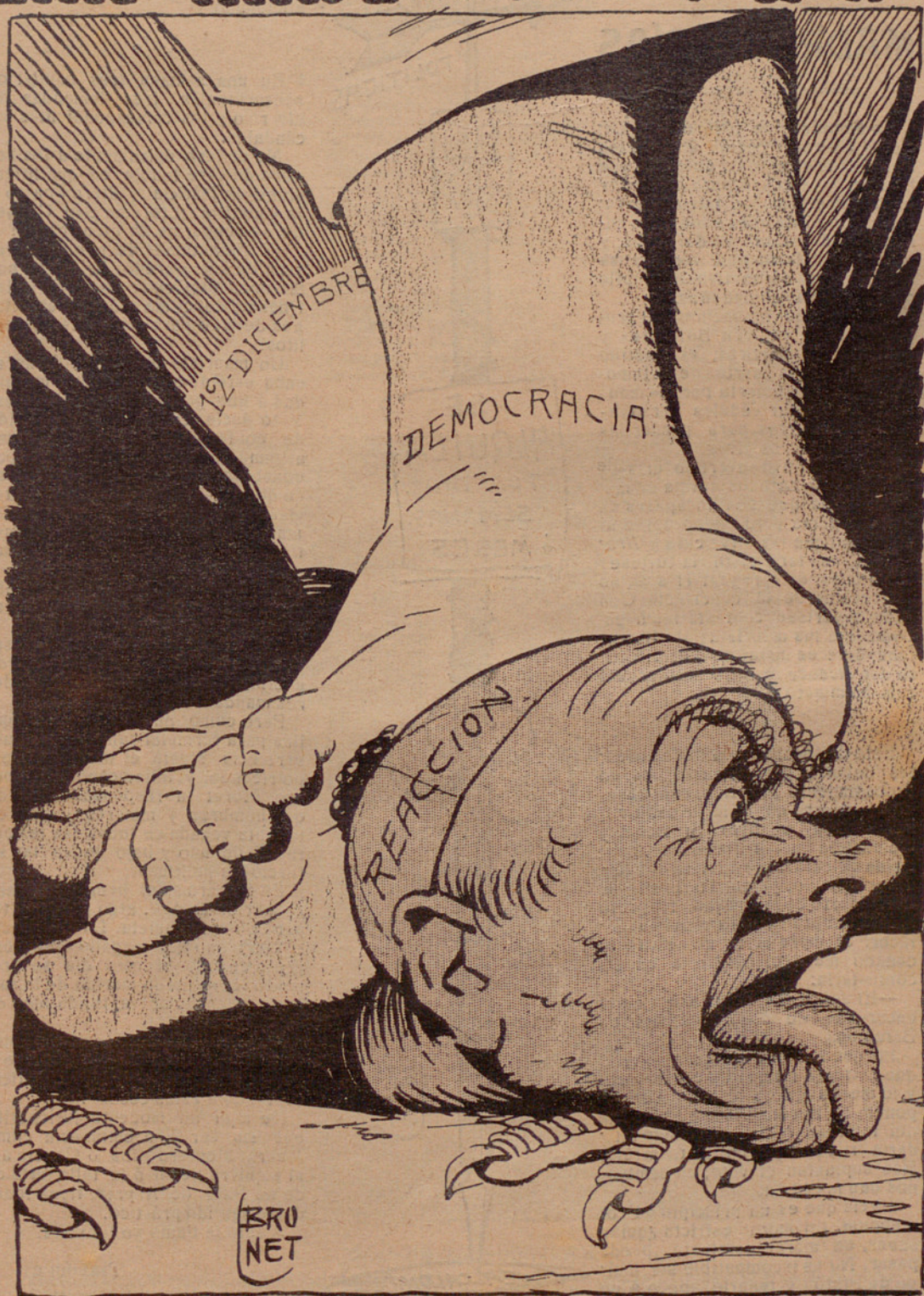


EL DILUVIO



HAY QUE APRETAR UN POCO MÁS

MADRILEÑERÍAS

La combinación ideada por La cierva de sacar cédula á todos los madrileños dñntos y ausentes que figuran en el censo, para organizar bandas volantes de falsos electores no sirvió de nada á los de la comunidad del toma y del daca, y Maura ha sufrido una vergonzosa derrota que es motivo de júbilo para las almas ciudadanas.

Ya ven esos calabacines del grupo de los 14, ya ven Boladeres y compañeros mártires, el destino que se da á los cuartos de la famosa suscripción abierta por los mauristas. Comprar cédulas personales á los muertos para perder las elecciones de los vivos.

En esto se han invertido más de 15,000 duros sacados navaja en mano á gentes que son incapaces de dar una perra gorda de propina al camarero que les sirve café y *Brunet* á todas las tardes. Si la tuviese, sería cosa de preguntarle si no les remuerde la conciencia. Con toda seguridad contestarían negativamente los mauristas de Barcelona; carecen de tanta necesidad para dar alcance á la sensación del remordimiento.

* *

Esto de sacar cédula á los ausentes debería generalizarse; es un procedimiento práctico, aun cuando á La cierva no le haya dado resultado muy positivo. Si Benet y Comom y la media docena de mauristas barceloneses hubiesen seguido el ejemplo, yo no estaría hoy en descubierto con el Estado respecto á este tributo que no pienso satisfacer. Siempre sería un descanso; cuando me reclamasen la cédula contestaría:

—El señor Benet y Comom es el encargado de sacármela allá en Barcelona.

Porque una vez utilizada no creo que tuviesen interés en conservarla y lo menos que podrían hacer es poner el documento a disposición del interesado. Así el fraude quedaría reducido a un justo medio. Nos suplantaría el voto; en cambio, nos dan la cédula.

Lois que es un principio de corrupción. En moral estricta ¿quién sabe?, en moral corriente ¿puede pasar? No es incompatible ser amigo de Platón y tenerle apego á un par de pesetas.



He aquí un punto en el que estamos perfectamente de acuerdo Maluquer y Vidalot, filósofo tomista; Vinaixa, pensador racionalista, y un servidor de ustedes, modesto aficionado.

* *

En una semana tres adulterios sensacionales, tres demandas de divorcio y los correspondientes escándalos.

Me refiero únicamente á los hechos de este índole en que interviene la justicia y dieron pasto á la gacetilla. ¡Libreme San Corne! lio de ocuparme de otros casos!

¡Y disfrutamos de una temperatura de cinco grados bajo cero por las noches! ¡Crea! ahora en la influencia del clima y de las estaciones del año para esta clase de delitos!

Un maurista muy conocido achacaba este aumento de la inmoralidad á que gobiernan los liberales. Y lo decía en un corro del Salón de conferencias, alegando como argumento que jamás en época conservadora se registró el caso de que el Juzgado de guardia tuviese que sorprender en una misma noche dos adulterios infraganti, como sucedió el lunes pasado.

Un compañero muy escéptico y gran conocedor de vidas ajenas me decía, por lo bajo, mientras el maurista razonaba:

—¡Ibarría que recordarle á este hombre que su mujer no guarda abstinencia cuando los conservadores mandan!

Pero como que nadie tuvo agallas para formular tan delicada advertencia, siguió el maurista despotricando y adjudicándole al pobre Moret la responsabilidad de que hombres y mujeres gusten de la fruta vedada en todas las temporadas del año y bajo todas las situaciones políticas.

En fin, armas al hombro y ganas de murmurar de... algo para no tener la lengua quieta. Lo que decía el escribano del juzgado del Congreso cuando el otro día se presentó el segundo marido de la jornada á denunciar la infidelidad de su cónyuge:

—Parece increíble que haya sinvergüenzas que tengan descaro y humor para molestar á la justicia contando estas cosas...

He aquí un modesto jurisperito que sin ser una eminencia como Maura, Montero Ríos, ó Canalejas, ni siquiera llegar á la talla jurídica de un Puig de Asprer, tiene indudable sentido práctico.

A esto le llamo yo filosofía.

TRIBOULET.

Madrid-Diciembre.

EL PRIMERO

De la sesión memorab e
fué consecuencia inmediata
el viaje que el señor Concas
hizo la anterior semana

á fin de poner la quilla
al acorazado *España*,
el primero de los buques
de nuestra futura escuadra;

de esa escuadra que nos cuesta
una enorme millonada,
¡que saldrá de las costillas
del pueblo que sufre y paga!

Del que á don Segis tolera
y del que soporta á Maura,
del que á Linares resiste
y del que á Lacierva aguanta.

Para que luego esos barcos,
en los que *España* se gasta
lo más sano de su hacienda,
al fondo del mar se vavan

por descuido ó por ineptia
de algún Nelsón de camama,
como lo prueba el *Cisneros*,
que yace bajo las aguas.

Durante unos cuantos meses,
sin paz, sosiego ni pausa,
en honra del nuevo barco
cantaremos alabanzas,

é igual en verso que en prosa
hablaremos de sus máquinas,
de sus tremendos cañones,
de su puntal, de su manga,
de su potencia terrible,
de su poder, de su marcha,
de sus miles de caballos
y de su potencia máxima.

Todos los colegas gráficos
publicarán instantáneas
de su perfil, de su puente,
de sus cofas, de sus cámaras,

y durante muchos meses
será noticia obligada
hablar de las excelencias
del acorazado *España*,

el primero de los buques
de nuestra futura escuadra,
¡que tanto millones cuesta
al pueblo que sufre y calla!

Pero como en la materia
yo conozco nuestras prácticas,
y, aunque la intención es buena,
con la intención no nos basta,

temo, y así lo declaro
en forma sencilla y clara,
que si un milagro celeste
no da impulso á esta obra magna
al cabo de cuatro lustros
verá ese pueblo que paga
¡que aun no ha salido de dique
el acorazado *España*!

MANUEL SORIANO.



WANDA LANDOWSKA

eminent pianista contratada para dar dos conciertos en el Palau de la Música Catalana. El grabado reproduce á la insigne artista en ocasión de interpretar una obra en presencia de León Tolstói, que es uno de sus más entusiastas admiradores.

POR EL BUEN CAMINO

El penitenciario arrugaba la carta entre sus manos, apretando los dientes y chispeando la cólera en sus ojos.

—¿Es decir—pensaba—, que va á resultar inútil todo cuanto he hecho por él? Lo había presentado al obispo como un santo y ahora me sa'e con esas aventuras... ¡Y al principio de su carrera, cuando debiera aparecer con todas las virtudes que deben adornar á un sacerdote que quiera prosperar y llegar hasta los puestos más elevados! Intenciones me dan de inutilizarlo para toda su vida.

Desarrugó la carta como mejor pudo y leyó lo siguiente:

«Mucho siento dar á usted una mala noticia; pero de no hacerlo pudiera llegar el mal á ser irreparable y usted mismo me culparía de no haberle prevenido á tiempo.

Es el caso que su recomendado don Fermín cayó aquí divinamente; todos estábamos contentos con él, yo el primero. Se daban mejores trazas para fomentar la devoción, creó cofrades, resucitó viejas hermandades y atrajo á los tibios, exaltando á los fervorosos. Los devotos lo veneraban y todo marchaba viento en popa cuando en mal hora vino al pueblo una cuadrilla de saltimbanquis y he aquí que mi señor tío niente se enamoró de una de aquellas perdidas y ella le correspondió de la manera más descarada. Nada se hubiera perdido si la cosa no fuera pública; antes tuvo otras aventuras y yo fui el primero en evitar las consecuencias; pero ahora...



La Comisión organizadora del Congreso de Gobierno Municipal. Formanla los señores don Mario Anglada, don Fernando Sans y Buigas, don Raimundo Esclasans, don José M. Tallada, don Juan Vallés y Pujals y don José M. Basoli.

Ahora, señor penitenciario, el escándalo es formidable; hasta ha salido en los periódicos!

Creo absolutamente indispensable que llame usted á su protegido, pues en el pueblo no puede continuar de ninguna manera.»

El penitenciario vio á estrujar la carta, y tan nervioso

«que donde pone la puma! el delgado papel rasga»,

escribió á don Fermín una carta reducida á un renglón:



Caldas de Malavella.— Entusiasta recepción hecha á los reservistas de dicha localidad á su regreso de Melilla. A cada uno de ellos se le entregó un ramo de flores y un socorro de veinte duros.

«Si no vienes inmediatamente, haré que te traiga la guardia civil.»

Entretanto el joven sacerdote hacía protestas de amor arrodillado á los pies de la bailarina.

Ella le escuchaba embriagada, interrumpiéndolo sólo para preguntarle afanosamente:

—¿Pero es verdad que me quieres tanto como dices?

—Más, mucho más— contestaba él—; no he amado á nadie en el mundo; no he conocido á mi padre y apenas si llegué á disfrutar las caricias de mi madre. Me he criado en el seminario y en el seminario no hay afectos; al verte se ha desbordado la ternura que se encerraba en mi corazón y soy tuyo y no aspiro á más dicha que á la que me dé tu amor.

La pobre artista estaba conmovida; nunca había sonado en sus oídos lenguaje semejante; el amor que le habían pedido y el que ella había dado no era aquello; sus antiguos amores habían sido pasiones sin ternura, como flores sin aroma, y en vez de llevar á su corazón el calor de la vida le habían rodeado del hielo de la muerte.

Se sentía subyugada, creía respirar en otro mundo. ¡Había vivido ofreciéndose en perpetuo holocausto en las aras del amor y no había conocido al dios á quien servía! Había algo más allá del goce brutal de la materia, había también dulzuras para el alma, embriagueces que sublimaban el deseo y dignificaban la posesión. El amor era algo más que el placer, era la felicidad, una felicidad eterna, infinita, que debía de triunfar hasta de la muerte.

Don Fermín está ante el penitenciario, que lo mide de arriba abajo con furiosas miradas.

—¡Está muy bien!—dice—. No me meto en la gravedad del pecado porque *errare humanum est* y cada uno tenemos los nuestros; pero el escándalo, ese es el mal, el escándalo. Supongamos que estos casos llegan á oídos del obispo y que, por consecuencia, te priva de licencias; ¿quieres decirme de qué vas á vivir? La educación del seminario te ha inutilizado para las luchas de la vida y sucumbirás. Esa tortura irá á su antigua vida y te volverá la espalda, y tú... ¿qué harás tú, desgraciado?

Don Fermín permanecía silencioso y con la cabeza baja; si el penitenciario hubiera tenido mejor vista, habría visto que de vez en cuando se dibujaba una leve sonrisa en los labios del joven sacerdote.

La plática concluyó ordenándole que al día siguiente se presentara á hacer ejercicios espirituales en un convento, á lo que don Fermín accedió sin poner el más pequeño reparo.

Había escapado mucho mejor de lo que esperaba.

Temía que le recogieran las licencias; pero el penitenciario, muy severo para los demás, era muy blando para aquel joven que no había conocido á su padre y que no tenía otro protector en la tierra.

De esto se murmuraba un poco y hasta se afirmaba.... pero ¡quién sabe!

Don Fermín fué al convento, hizo los ejercicios que se le ordenaron, lloró sus culpas, prometió la enmienda y salió resuelto á obrar con

más cautela; en cuanto á lo de pecar ya lo había dicho el penitenciario: *errare humanum est*.

Llegó á la casa donde se hospedaba y allí aguardó á que llegase la noche, y en cuanto cerró ésta salió envuelto en el amplio manteo, se encaminó á una callejuela oscura y desierta y penetró en una casa cuya puerta le abrieron apenas hubo llamado.

A poco rato salió completamente transformado; el manteo había sido sustituido por una airada capa andaluza, y el rostro, poco antes cuidadosamente afettato, presentaba una hermosa barba negra; un sombrero calabrés completaba el disfraz.

El hombre había sustituido al cura, que, así ataviado, fué á caer en los brazos de la bailarina, que le esperaba ansiosa y enamorada.

¿Cómo lo supo el penitenciario?

No he podido averiguarlo; pero ello es que lo supo, y lo supo sin irritarse, sin mostrarse incomodado; por el contrario, sonrió bondadosamente y exclamó:

—Este chico hará carrera; evitar el escándalo; hé aquí el fundamento de la moral.

Don Fermín entretanto seguía visitando á la bailarina y pensando que la carrera de santo varón no es tan difícil como parece á primera vista.

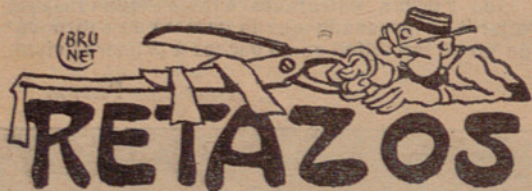
J. AMBROSIO PÉREZ.



El aplaudido dueto Vanna-Marini, que actúa en la Buena Sombra,



El antiguo tenor cómico y en la actualidad primer actor, señor Gamero, de la compañía que actúa en el teatro *Eldorado*.



Como republicano demagogo... sin greñas, el aparato vano de las reales enseñanzas, los actos o ciales, el lujo... de pampinas, los arcos triunfales con hierba y percalinas. . son cosas, en España, o que me revientan mucho. Mas cuando ¡cosa extraña! la *Marcha Real* escucho,

comprendo el fanatismo de monárquicas greyes ¡y aplaudo al paroxismo la *marcha* de los reyes!

Hasta á los ciudadanos más pacíficos Maura, el *tremendo*, convertía en fieros con sus procedimientos terroríficos, y matábanse hermanos contra hermanos. Hoy el *manso* Moret trueca en corderos, en humildes y buenos ciudadanos hasta á los más feroces africanos... ¡Qué lección para algunos caballeros!

No admitía *consejos* de la prudencia y tuvo que echar mano de los de guerra.

¡Cuánto error y desparpajo! Predijo—inútil saliva— la revolución de arriba é hizo estallar la de abajo.

Armaron el cisco *E Mundo* y sus gentes, y hoy se complacen en hurgar cenizas que aun están calientes.

Hay órgano en la Prensa que el nombre se disfraza y, siendo reaccionario, se llama independiente ¡y 'a *Vanguardia*!

Veo heridas recientes en mi patria; pero no culpo, no, á los africanos... ¡Es que á la pobre, miserable, hambrienta, se la comen por dentro los parásitos!

¿Que es la misma trailla de perros con collares diferentes? Bien; pero ya unos tienen la *morcilla* y los otros están casi sin dientes.

CARLOS C. CATALÁ.

LA AGONIA DE LA GARZA

(NARRACIÓN CUBANA)

Vuelto á mi playa querida, pregunté por los míos. Mi playa es esa costa chata y ríscosa que se duerme en línea temblona más allá del gran boquete de Cárdenas. Los míos son toda aquella población ruda y sincera: Lucio, el pescador de agujas; Josefa, la vieja tejedora de mallas; *Anguila*, el chico que preparaba la carnada; Pío el carbonero, Gaspar el brujo.

—¿Pío?... ¿Gaspar?... ¿Pero no sabe usted lo que les pasó?... ¡Pos si hasta los papeles hablaron de eso!...

Y en un ángulo del bodegón, entre dos tragos de aguardiente, me contaron el terrible episodio, que huele á marisma, á vientre de monstruo, á carne atormentada.

Fué el mismo Pío quien lo contó á algunos hombres de mar cuando su razón, como un ave desenjaulada, se escapaba ingrata de su cerebro. Aquel Pío no tenía más apellidos, tal vez ni recuerdo de padres, como si de aquellos manglares verdes hu-

biese brotado. Su edad acaso madura, por el tono amarillento de su barba arisca, parecía joven por la recia arquitectura de sus hombros. Vivía lejos de toda población, y frente al viento del Norte, que pasaba iracundo sobre aquella tierra muda y desolada, apilaba sus hornos de carbón en espera de los arrieros que hasta allí se aventuraban de mes en mes. Cerca de su bohío, al canto de un gallo, otro carbonero, el negro Gaspar, apilaba también sus leños secos de mangles, de hicaeos, de peralejos retorcidos; y menos mal que en su choza reían las voces de la parienta y los dos chiquillos ayudándole en la faena. Y más allá el desierto, y en redor el silencio. Sobre el paisaje simple, donde muy á lo lejos azuleaban montañas como una promesa de salud, ascendían lentas las dos columnitas de humo; y eran suaves, y eran trémulas, y eran humildes, como plegarias aldeanas.

Era una época mala. Aquel mes no se oyeron cen-

cerros por los uveros de la playa. En las tiendas lejanas á donde llevaban Pío y Gaspar las alforjas alguna vez, oyeron hablar de crisis, de que la sequía había empobrecido á todo el mundo. Tal vez. Y lo aceptaban como una cosa inexplicable, porque para ellos el aire se hacía oro más allá de aquellas montañas de esmalte. Vieron pasar iguales otros dos meses, mientras el mar comenzaba á mugir y á empenacharse, recibiendo el otoño. Había que ir á Cárdenas, ¡qué remedio! *La Garza*, la vieja balandra de Gaspar, herida en los costillares, haría el viaje y en ella irían todos para que ningún hombre tuviera que esperar el retorno... Se remendó la vela, se calafateó con copal y espantillo. Los negritos enseñaban los dientes como pulpa de coco.

Aprovechando el terral que los empujaba hacia afuera, echaron toda la vela frente al sol que se desleía en púrpuras violentas. A proa, junto al palo, habían metido los treinta sacos de carbón; y en el centro se acurrucó Pío, con la negra y los chicos, mientras Gaspar, la escota á la mano, daba con su cabezota una mezcla esponjosa y negra á la arena ambarina de la playa. Eran aguas de estero, dóciles y sin ruido, y *La Garza*, limpió los fondos por la prolongada carena, saltaba ágil, haciendo gemir el mástil flojo en la calinga. La vela y el foque se ennegrecían sobre la tapicería oriental del horizonte, como las alas abiertas de un alcatraz errante.

Pero más allá del estero, guardado por la barra de islotes muertos, como enormes cocodrilos, una línea blanca de espumas les separaba. Las olas fueron haciéndose gruesas, pesadas, olas de almidón cocido, y *La Garza* adelantaba poco, casi reculando ante el instinto de un peligro. Al fin tomaron una *pasa* estrecha entre dos puntas mordidas por la espuma, de donde se levantaron graznando bandadas de gaviotas. Una ráfaga de aire salitroso les saludó brutalmente y la chalupa crugió, hincando la proa en una tosca reverencia. La palpitación enorme del mar libre se dilataba hasta el horizonte, dando temblores de fiebre á los encajes de cada ola. De pronto se hizo calma, un minuto apenas, y ya fué un noroeste húmedo, desigual. Se hizo más difícil remontar el mar para entrar directamente en la gran banía. Gaspar, recortando el trapo, comenzó á voltigear junto á la playa.



—¿Y á tí, qué te han prometido los nuestros?

Cerró la noche á mitad de aquellos esguinces. A lo lejos una luz rasando con el agua comenzó á parpadear dando trazos geométricos á las olas cercanas. Era el faro de Bahía de Cádiz clavado del otro lado de la línea azul. Casi en el mismo instante una gaviota puso su mancha fugaz sobre el punto de luz.

—¡Jesús!—gritó la negra santiguándose—. ¿Qué desgracia vendrá?

Los demás no hablaron. Gaspar miraba á las nubes. Pronto comenzaron las rachas duras que acometían bruscamente á la vela. Hubo que ponerle rizos. Mas no bastó; una ráfaga súbita abofeteó el trapo por la banda de babor.

—¡Larga la escota!—gritó Pío.

Pero la cuerda enredada en la cornamusa resistió un segundo, y allá fué rodando, infeiz, sin fuerzas, la vela con la gente y la carga. Por fortuna, la

escota rodó al fin y el mástil, chorreando agua, se irguió de nuevo.

La Garza, aullando por todas sus viejas heridas, cojeando por el peso de los lingotes corridos á una banda, volvía á dar la cara al mar; pero los treinta sacos de carbón habían rodado al abismo negro. El mar, ávido y despótico, se había tragado en un sorbo el trabajo de tres meses miserables.

Pío soltó un juramento y Gaspar no pudo contener los lagrimones ante los ojos desbordados de los negritos, calados de agua.

—Vamos p'trás—mascullo imperiosamente, amarrando de nuevo la lona.

Un momento creyeron haber perdido el rumbo en la negrura de la noche, ya cerrada. Pero el faro les envió desde allá abajo un guño protector. Tomaron el viento á un largo, entre terribles bordadas que arrancaban gritos á la negra y los negritos.

—¡A remo! ¡Vamos á remo!

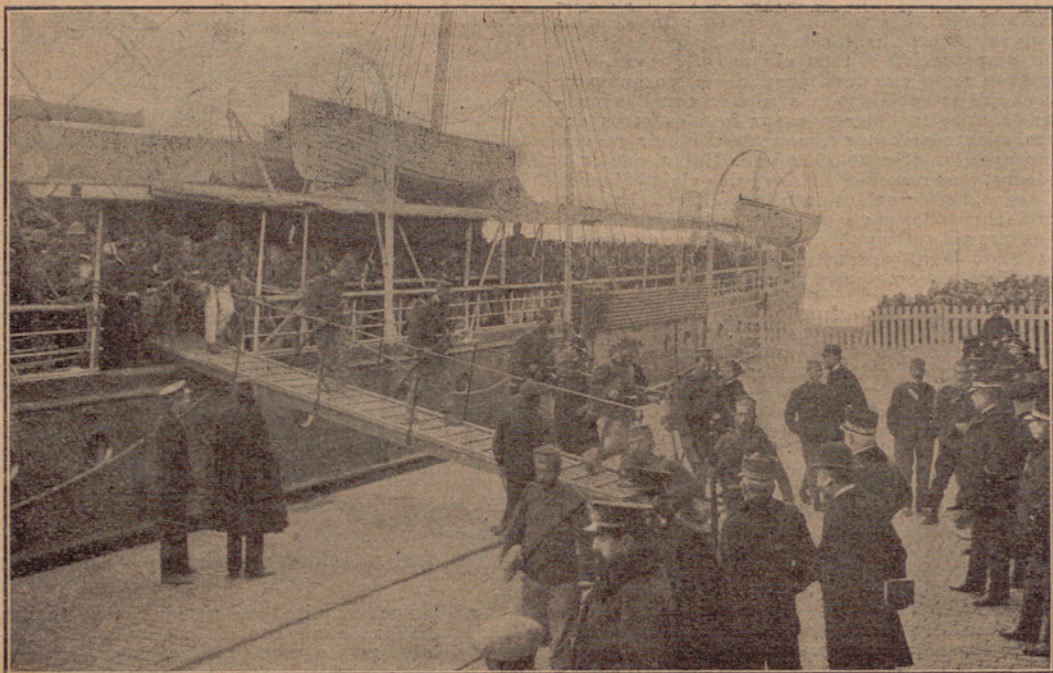
La negra, hecna á tostarse en las solanas de la pesca, comenzó á temer á las sacudidas crecientes. Pero Gaspar se obstinaba en aferrar la vela. Y he aquí que en uno de los golpes de viento un quejido agrio recorrió el palo y doblándose por su base se recostó sobre el agua con todo el peso de la vela. Y fué la de-



ENTRE GIGANOS.

—Como me vuelvas á cortar, te vas á comer el jabón.

—Pue ze irá V. á medio afeitar, porque no hay mas que esta pastilla.



Desembarque de los reservistas que llegaron á este puerto en el Ciudad de Cádiz.

cisiva. Una ola enorme favoreció la vuelta, y á poco, lentamente, en golpes convulsivos como las náuseas de un enfermo, fué girando el casco hasta poner al aire la quilla mojada, llena de mataduras. Braceando desesperados cinco cuerpos flotaron en su torno hasta coronar la quilla, como inundados que esperan la muerte sobre el caballete de sus casas.

Y comenzó el capítulo dantesco. Al ruido del agua, al olor de la carne humana que se prodigaba, un remolino pequeño se produjo allí cerca y, rasgando el moaré negro, asomó visible, siniestra, terrorífica, una espoleta cartilaginosa. Nadie chistó, pero por todos los poros brotó un sudor frío. El tiburón, más temible que los huracanes y los incendios, estaba allí, esperando... Y al primer remolino siguió otro, y otros, y en breve hubo un radio pequeño en que una tribu de monstruos, mantas, tiburones, rayas, se disputaba á dentelladas la presa futura, siguiendo las oscilaciones de una caja rota en medio del mar, adornada con cinco espectros á manera de cresta.

Sobre el bote volcado todo era un mundo de tem-

blores. El faro, inmutable é irónico, les saludaba mostrándoles todavía la energía del hombre, dominadora del mundo. Pero la familia de monstruos se impacientaba y sus feroces tumultos súbitos esparcían sobre las espumas un hedor acre. Acaso el hambre les dió ánimos, y uno de los escualos, sacando su masa blancuzca sobre el agua, acometió un costado de la barca. Del grupo salió un aullido múltiple, y uno de los muchachos, desmadejados, se deslizó sin ruido de junto á su madre.

—¡José!... Condenao, ¿dónde estás?—grito la negra.

Un ruido brusco de huida, y después un barboteo del agua, les contestó. Gaspar se incorporó convulso; una tintorera ágil como una anguila saltaba sobre el muchacho; y fué un clamor agudo como el de un puero apuñaleado... Las fauces chapotearon, las aletas chocaron con fofu rumor...

Gaspar el negro perdió la razón en aquel minuto: salvaje, vuelto á su gallardo abolengo africano, se lanzó al agua puñal en mano, abrazando frenético un lomo pizarroso que le huía. Seis, ocho, diez tiburones codiciosos se repartieron sus pedazos, poniendo un charco tibio y rojo en la gran masa de agua fría.

Los tres que quedaban eran tres idiotas. Habían asistido á la escena como en sueños, hipnotizados, solo conscientes para prenderse á la quilla carcomida, enterrando las uñas en la madera. La noche siguió reinando sobre sus cabezas, y el viento, harto tal vez, empezó á amainar, empezando poco á poco el crepitar fúnebre de las olas.

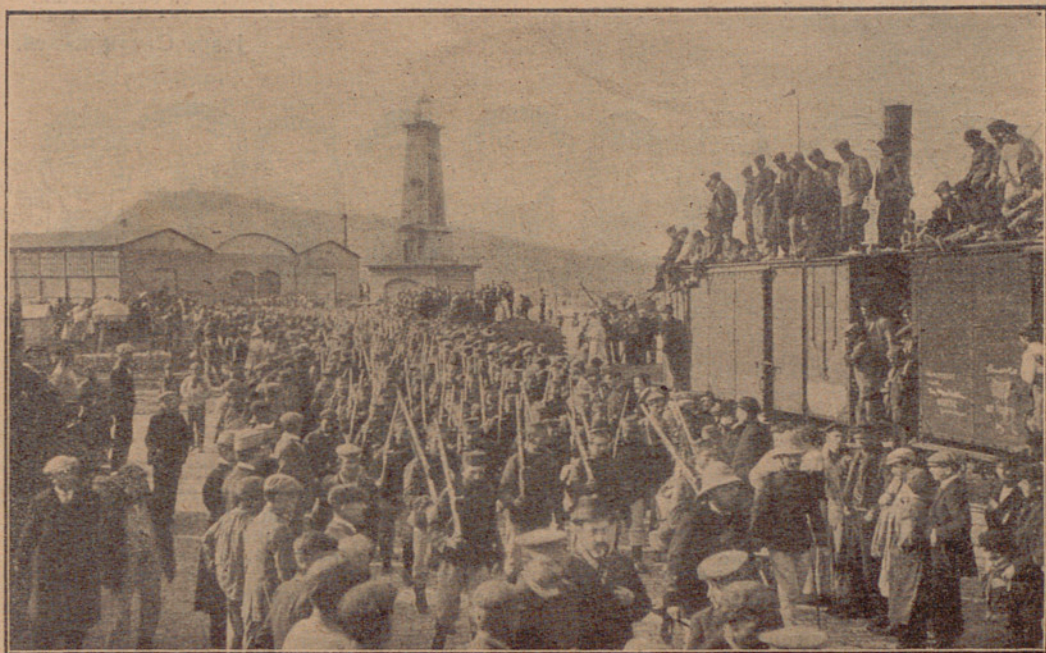
Pasaron los minutos; tal vez fueron horas. Los tiburones, después de rozar muchas veces el casco hueco con tenaz avidez, fueron abandonando el ojeo. De pronto un ligero estremecimiento de la barca los sacó de su estupor: el muñón del mástil tocaba fondo seguramente. Una lucecita débil se encendió cerca, tal vez á pocas brazas. ¡Salvados! Un egoísmo feroz, ese egoísmo desenfrenado de los naufragos, les hizo olvidar á los muertos.

—¡Auxilio!—demandaron á las sombras circundantes.

El negrito, con la bella inconsciencia de sus doce años, no dió tiempo á que lo pensarán, y probando



Oficiales del batallón de cazadores de Mérida que condujo de Melilla el vapor Ciudad de Cádiz.

Desfile de los reservistas llegados en el vapor *Cataluña*.

primero con un leve manotazo en el agua si en verdad habían desaparecido los tiburones, se lanzó al mar hasta tocar la arena del fondo. Era la playa, sin duda; la vela subía hasta la superficie y el chico podía tenerse en pie y caminar hacia adelante. La negra trató de retenerlo en vano...

Pero pasaron los minutos, y el chico, confundido entre las sombras, no contestó a los gritos de su madre.

—¡Yeyo!... ¡Yeyooo!...—gemía llorosa.

—Espera, murmuró Pío; él vuelve.

Los ojos de la negra no veían nada. Sólo aquella luz, agujereando la noche como para abrir una salida a su desesperación, la fascinaba. Torpe y lenta, dejóse ir, balbuceando lamentaciones como un niño, hacia el agua, irguiendo en balance súbito la proa donde Pío se acurrucaba; el agua dormida la abrió paso... Y debió recibirla con amor, porque a poco sus respuestas fueron débiles; y luego nada; luego sólo la noche callada y el quejido doliente de la barca vieja.

Pío, el carbonero, pudo ver crudamente toda su situación de abandono. A corta distancia tal vez había una tierra donde todos dormían sosegados, seguros de su suelo y de su techo; no muy lejos tampoco surcaban el mar enormes trasatlánticos punteados de luces, atestados de gente feliz, de marineros que formaban su porvenir y ricachones que se hacían el amor sobre los mimbres de popa. Los talleres hervirían aún palpitando de fuerza y en los lupanares correría sin freno la orgía. Sólo él, en medio de la humana cadena que se deseaba y se apoyaba, en mutuo esfuerzo, era el eslabón perdido que a nadie hacía falta. Y de ningún puerto saldría a buscarle una barca de salvamento. Levantando el puño en alto lanzó una imprecación a las estrellas, testigos irónicos de su agonía, y en el cerebro le iba penetrando algo negro como tinta.

—¡Acabemos!—se dijo arrojándose al mar de frente a aquella luz que parecía alumbrar la ruta de la muerte. De repente le faltó el terreno.

—¡Aquí es!—murmuró—. ¡Mi madre!....

Pero pudo rehacerse y ganar su posición anterior. Un corte de la roca submarina, a ángulo recto, cerraba allí la tierra alfombrada de arena en que

habían varado. Junto al cantil resbalaba violenta y terrible una corriente profunda, que no habían podido vencer seguramente la negra y su hijo.

De pie en el borde escarpado, sin avanzar ni retroceder, sin vestigios del casco destrozado, se estuvo allí el naufrago hasta el alba, sonriente como una querida largo tiempo esperada. La marea, subiendo poco a poco, le hizo muchas veces cerrar los ojos y rezar un Padre-nuestro para morir. Y hubo unos minutos en que, ahogándose, tuvo que levantar la barba para que sobrenadase la cara como una medusa flotadora.

A la madrugada lo recogieron los obreros de una draga que trabajaba frente a la bahía, a muchas millas de la ciudad. Después apagaron tranquilamente la luz de una lámpara de señales, de una

Oficiales de los batallones de cazadores de Barcelona y Mérida, que llegaron en el vapor *Villaverde*.

lámpara que tuvo aquella noche un gran papel y fué homicida sin saberlo.

Cuando pudo hablar Pío y contar este relato se

vió que lo mezclaba con palabras incoherentes. A los pocos días hubo que ponerlo en observación.

JESÚS CASTELLANOS.



UN FRAILE

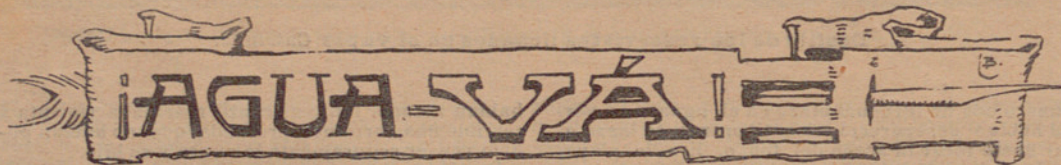
(SONETO DE STECCHETTI)

De ocio, de vino y de comida lleno
en la orgía á fray Luis vi descuidado,
crapuloso, feliz y enamorado,
á la templanza y castidad ajeno.

Brindó, lascivo, acariciando el seno
de la impura ramera descotado
y después que su vaso hubo apurado
dejóse caer en el sillón relleno.

Tanto el ímpetu fué, tan grande el peso,
que por tierra rodó su reverencia,
mostrando lo que debe de ocultarse.
Tal vemos al borrico, en el exceso
de repugnante y vil concupiscencia,
en asqueroso lodo revolcarse.

Traducción de
J. AMBROSIO PÉREZ.



Las elecciones celebradas el pasado domingo han puesto de manifiesto que España es una nación eminentemente republicana.

Y siendo esto así ¿por qué no ha triunfado ya la República?

Porque aquí, lector amigo,
y no lo tomes á guasa,

tenemos al enemigo
metido dentro de casa.

Dice *La Correspondencia de España*:

"Comunican de Calatayud que en el kilómetro 241 de la línea de Madrid á Zaragoza ha sido encontrado el cadáver de un hombre horriblemente mutilado, teniendo separada la cabeza del tronco y á bastante distancia uno de otra.

Se calcula tendría unos veintidos años. Se ignora si se trata de un suicidio ó de un accidente casual."

Lo de hallarse la cabeza á bastante distancia del tronco nos hace creer que se trata de un suicidio.

Se mató y colocó la cabeza lejos del cuerpo para despistar... á *La Correspondencia*.

Después de leer estas cosas
impiedad se necesita
para dudar del milagro
de Dionisio Areopagita.

El Siglo Futuro y el obispo de Madrid han reñido de mala manera.

A lo que parece, el diario integrista no quiere tolerar que nadie meta las narices, aunque éstas sean apostólicas, en su despensa, dando á los católicos una lección que debieran aprovechar.



Oficialidad de los batallones de cazadores de Reus, Alfonso XII y Alba de Tormes que llegaron en el vapor *Cataluña*.

Pero ¡cál no hay lecciones que valgan.
El *S glo Futuro* tendrá que volver al redil con las orejas gachas.

Y el obispo de Madrid
demostrará á la nación
que hasta en el siglo futuro
ejerce jurisdicción.

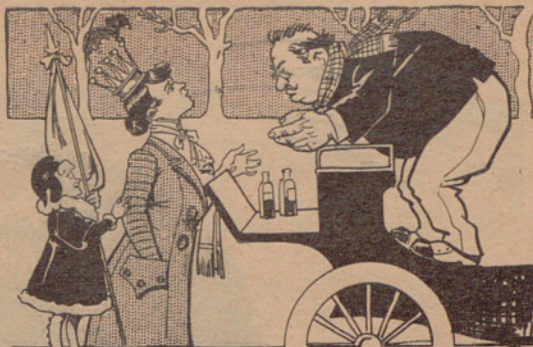
Dicen que los presbíteros de este obispado están á punto de tirarse los hisopos á la cabeza porque el obispo quiere que cada mochuelo vaya á su olivo; es decir, que cada cura se vaya á vivir á su tierra.

Nos parece de perlas el episcopal pensamiento.
Con los de casa nos sobran las cuatro terceras partes.

Tan previsora advertencia
con admiración contemplo;
pero por qué su excelencia
no empieza por dar ejemplo?

Vuelve á hablarse de crisis.

Moret no satisface, ni mucho menos, las aspiraciones de la parte más sana de la nación, que es el



—Ya está usted arriba don Alejandro. A ver cuando subirá esta niña.

—Me parece que hasta que yo baje...

pueblo, y sus eternas indecisiones provocan el disgusto natural entre los que esperaban que iniciase una época de libertad á la que indudablemente seguirían el sosiego y la paz de los espíritus que tan necesaria nos es.

Pero sigue en pie el litigio
y á Moret pone en un brete
dormirse con gorro frigio
y despertar con bonete.

..

Los inocentes carneros
del Comité de Molestias
lastimeramente balan
y lana y cuernos se mesan.
En Madrid, en Barcelona,
en Zaragoza, en Valencia,
en las ciudades cerebro
de la Península ibérica
se impuso la libertad,
haciendo morder la tierra
á todas las sabandijas
de la España oscura y nea;
á todos los clericales
que faltan á la aritmética
diciendo que uno son tres...
tres uno... etcétera, etcétera.

Una victoria del pueblo,
una paliza soberbia
aplicada á la reacción
que ha hecho perder la cabeza
al dichoso Comité
y á sus preclaros colegas,
que se sienten estafados
en rosarios y novenas.
¿Para esto rezaron tanto?
¿Para esto hicieron promesas
á santos y serafines
buscando el bien de la Iglesia?
¿Para qué les sirve entonces
la poderosa influencia
que en la corte celestial
sus oraciones les diera?
Hay para desengañarse
y gritar ¡Viva la Pepal
y hacerse liberalote
y pedir escuelas neutras
y cerrar por siempre al clero
el oído y la gabeta
y exclamar: ¡Viva la diosa
Libertad, que siempre imperal

Esto es al fin lo que hará
el Comité de Molestia,
que, cual todos sus afines,
busca el sol que más calienta.

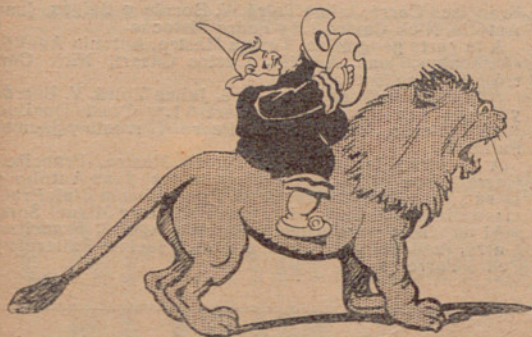


—¿Y usted también ha firmado la exposición de señoras pidiendo que no se abran las escuelas clausuradas, Antoñito?

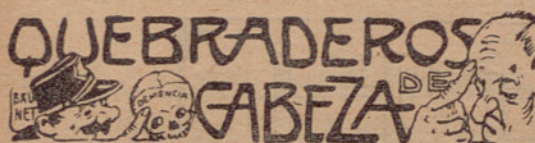
—Si, todos los luises hemos hecho lo propio, cambiando la o del nombre en a.



PELÍCULAS DE NAVIDAD.—Dos volátiles para un buen gastrónomo.



El edil Soriano. — Como hará su entrada en el municipio.



CHARADA

De Francisco Carré.

Consonante es la tercera
y la primera dos cuarta
es capital extranjera;
y el todo habéis de saber,
queridísimos lectores,
que es un nombre de mujer.

ROMBO

De Salvador D. Zarroca.

*
* * *
* * * * *
* * *
*

Sustitúyanse los signos por letras de modo que horizontal y verticalmente expresen: 1.^a línea, consonante; 2.^a, verbo; 3.^a, nombre propio; 4.^a, licor, y 5.^a, consonante.

TRIÁNGULO SILÁBICO

De Francisco Carré.

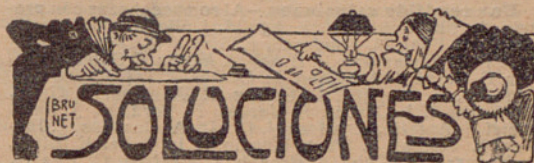
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

Los signos deben sustituirse por letras de manera que así vertical como horizontalmente se lea: 1.^a línea, nombre de varón; 2.^a, ídem; 3.^a, tiempo de verbo, y 4.^a, negación.

COMPRESO

De S. García.

Consonante Nota Consonante Verbal



Al concurso núm. 77.-- PROFESIONALES



(Entre las soluciones recibidas no hay ninguna exacta)

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 4 de Diciembre.)

AL ROMBO SILÁBICO

Juliana.

A LA CHARADA

Charada.

A LA CARTA GEOGRÁFICA

Al A ska.

Califor N ia.

Flor I da.

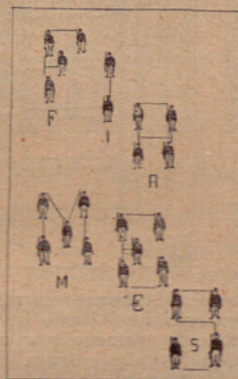
Yuca T an.

Labr A dor.

A LA PIRÁMIDE NUMÉRICA

Florentina.

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



AL JEROGLIFICO COMPRESO

Anacleto.

Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: J. Rold, J. Agulló, J. Victoriano, Aurora Serra, E. Font, M. Izquierdo, E. Suñol, S. Dalmau, Carmen Puig, Rocambole, J. Bosch, J. Mateu, J. Soler, J. Cases, F. Carré, J. Artagnan, M. Costas, J. Tolrá, J. Boirás, J. Milló, F. Blanqué, R. Baulés, R. Anglada, R. Güell, M. Sampsó, J. Cercós, P. Vergés, F. Barangó, J. Santmartí, J. Antolí, A. Closa, J. Durán, A. Casañas, J. Ibáñez, L. Narref, J. Puig, Ignacio de la Calle, E. Elias, J. Bayarri, A. Cabo, J. Bruach, J. Mestres, C. Casart, F. Mallofré, F. Artigán, E. Feu, A. López, E. Canela, Catalina Sibina, A. Mestres, Josefina Bargés, Nick Cartró, J. Fornaguera, R. Hernández, J. Escudé, J. M. Kuróki, C. J. M., R. Capdevila y familia, Clara Rovira, R. Gallissá, F. y R. Vial, N. P. ch, J. Pallarés, J. Bachpol, Siul, Magdalena, Jaime Segarra y L. Capdevila.

Al rombo silábico: Teresa Mestre, Antonio Agulló,

Francisco Carré, Jaime Tolrá, V. Borrás y Baiges, Juan Antolí, Nick Cartró 1.º y Pedro Sistachs.

A la carta geográfica: Teresa Mestre, Antonio Agulló, «Artagnan», Juan Antolí, Carlos Casart, Nick Cartró 1.º y Juan Antonés.

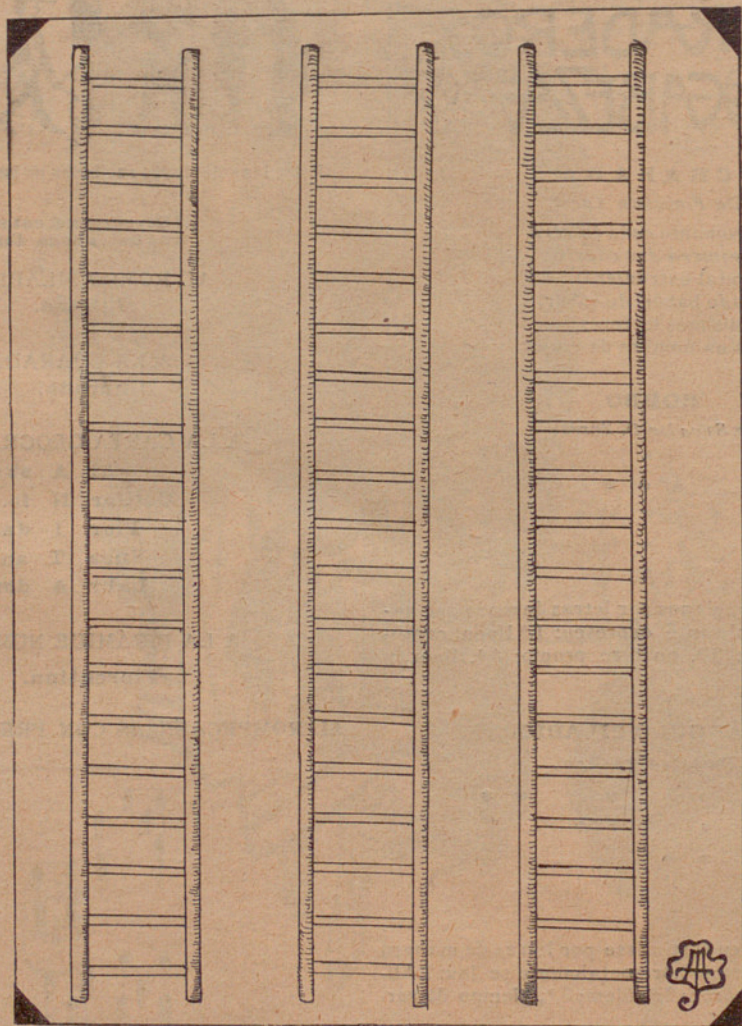
A la charada: Francisco Carré, Jaime Tolrá, V. Borrás y Baiges, Juan Antolí, Nick Cartró 1.º, «Conde Danilo», José Pallarés, Miguel Sors, Pedro Torrents y Jacinto Pallerols.

A la pirámide numérica: Teresa Mestre, Francisco Carré, Jaime Tolrá, V. Borrás y Baiges, Juan Antolí y Durán, Juan Ibáñez Perpiñá, M. Poch, Ramón Bial, Francisco Bial, Nick Cartró 1.º, José Pallarés y Miguel Sors.

Al jeroglífico comprimido: Antonio Agulló, Francisco Carré, Juan Antolí, Nick Cartró 1.º, Jacinto Pallerols y Pedro Torrents.

Concurso número 78. — “LAS ESCALERAS”

Premio de 50 pesetas



Colóquese horizontalmente el grabado y en cada una de las escaleras, que, como se ve, constan de diecinueve peldaños, fórmese por medio de líneas combinadas debidamente y trazadas con tinta lo que sigue: En la primera escalera el nombre de un emperador fallecido, el de un golfo de Francia y una nota musical; en la segunda escalera el nombre de un río africano, el apellido paterno de un poeta inglés, también fallecido, y una sílaba, y en

la tercera escalera el apellido paterno de un célebre escultor catalán, fallecido igualmente, y el nombre de un río de Cataluña.

La solución la publicaremos en el número correspondiente al 8 de febrero. Si los solucionistas fueran dos ó más, se distribuirá entre ellos, por partes iguales, el premio de 50 pesetas. El plazo para el envío de soluciones terminará el día 1.º del referido mes.

ANUNCIOS

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

PRIMER PREMIO

que recomiendan los médicos más eminentes para combatir con éxito seguro la Neurastenia, Clorosis, Debilidad, Palpitaciones, Convalecencias y demás enfermedades nerviosas. Se entregará GRATIS una muestra en elegante caja metálica á quien lo solicite al autor, B. DOMENECH, farmacéutico. — Ronda San Pablo, 71, Barcelona.

del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona lo ha obtenido la farmacia del Dr. Domenech, en donde se elabora el maravilloso tónico-reconstituyente Fosfo-Glico-Kola Domenech.

JARABE VERDÚ Demulcente, cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona

TUBERCULOSIS — ANEMIA — NEURASTENIA — CONVALECENCIAS —

Histogénico "Puig Jofré" Potentísimo y eficaz. = Venta en farmacias.

AGENCIA
DE
POMPAS FÚNEBRES

LA COSMOPOLITA

Ronda Universidad, 31, y Aribau, 17. — Teléfonos 2,490 y 2,480

Servicio especial para el traslado de cadáveres y restos á todas partes de España y del Extranjero
La Cosmopolita es la Agencia funeraria que más barato trabaja de Barcelona.

Pedid directamente antes que á otra las tarifas de esta casa; son las más económicas.

SERVICIO PERMANENTE

NOTA: La Cosmopolita no está adherida á ningún trust.



Quien mal anda.....